

CAPÍTULO II

DIRECCIÓN DE LAS PASIONES

I

Idea del patético.

Patético es el arte de excitar las pasiones, así las vehementes, como las dulces y tranquilas (1). Este arte es la principal virtud y como la corona del orador; así que no es extraño que, conociendo su alta importancia, rogase uno de la antigüedad á los dioses, diciéndoles: «Númenes eternos, concededme el poder de dirigir á mi gusto la voluntad de los mortales, y guardad para vosotros todos los demás dones.»

¿Dónde, pues, podremos estudiar este difícil arte? En nosotros mismos. Por esto, preguntado Massillon dónde había aprendido el grande conocimiento que del corazón humano tenía, contestó poniendo la mano sobre el suyo. ¿De manera que sobre esta materia estarán de más las reglas? A pesar de la opinión emitida por algunos retóricos, nosotros, sin embargo, creemos que también en ésta, cual en otras materias, ya que los preceptos no sean capaces de suplir lo que falta de genio ó de sentimiento, pueden auxiliar y hacer que se produzcan con más ventaja ó evitar que se caiga en exageraciones ó en errores á que sin ellos podría tal vez llegarse.

(1) Pero sólo se da el nombre de patéticos á los discursos ó pasajes del discurso en que se penetran vivamente los ánimos, concitando las pasiones.

II

Reglas para el uso del patético.

Siendo el patético el arte de excitar las pasiones, y necesitando éstas de una prudente dirección, el discernimiento indica al orador las siguientes reglas:

1.^a El orador verdaderamente digno de este nombre no debe servirse de la palabra más que para inspirar amor á la virtud y para defender la justicia y la verdad, cuidando de no excitar las malas pasiones.

2.^a Ni todo asunto se presta al empleo de las pasiones, ni todas las circunstancias le son propicias; por esto es preciso abstenerse de las grandes emociones que excita la pasión en discursos en que se trate de asuntos poco importantes. También hay que tener en cuenta el auditorio, pues un discurso académico no se presta al empleo de la pasión como un discurso sagrado.

3.^a El orador no debe lanzarse bruscamente y sin preparación á los movimientos de la pasión; pues hay que exponer antes las razones y los hechos, preparando de este modo los ánimos de los oyentes. Sin esta preparación, los movimientos apasionados no son sino *fulgores importunos*, como dice Longino; ó, como dice Cicerón, los movimientos intempestivos del orador serán como los de un hombre ebrio ante personas templadas, *vinolentus inter sobrios*.

En este punto, hay que distinguir el patético *directo* y el patético *indirecto*. El orador emplea el patético directo, cuando, inflamado él mismo, procura comunicar á los demás las pasiones que le agitan; y emplea el patético indirecto, cuando se limita á presentar al auditorio los objetos ó los hechos á propósito para excitar las pasiones, de suerte que el auditorio se enardece al mis-

mo tiempo que el orador. El empleo del patético directo supone que el auditorio participa ya de los sentimientos del orador; en tanto que el patético indirecto debe preparar al auditorio para que participe de estos mismos sentimientos.

4.º Es de la mayor importancia no insistir demasiado en el patético, pues el auditorio se cansa bien pronto de los movimientos violentos de la pasión, y las sacudidas demasiado fuertes y demasiado repetidas llegan á dejar de impresionarle. Una vez producido el mayor efecto posible, hay que saber detenerse, pues empeñándose en continuar, no se logra el fin apetecido.

5.ª Si es defecto prolongar demasiado los movimientos oratorios, es quizá mayor el detenerlos demasiado pronto, pues entonces el auditorio corre en vano en busca de una emoción que se le escapa, se lamenta de haber sido engañado y cae tristemente en una especie de apatía.

6.ª No debe introducirse en la parte patética nada que sea extraño á la misma, ó que no sirva para mover los afectos. Toda digresión, por bella que fuere, no haría en este caso más que remover los ánimos del objeto principal, y el corazón perdería en calor lo que el entendimiento ó la imaginación ganasen en placer estético.

7.ª La expresión de las pasiones debe ser el lenguaje del sentimiento, y siempre que se descubra en el orador la intención y el cuidado de aparecer movido, se recela que no es así en realidad, pues estudia por parecerlo. Por manera que más bien diríamos que el auditorio ha de traslucir en el discurso las pasiones del orador, que no que el orador desee manifestarlas. Las pasiones requieren una naturalidad ingenua, que testifica su verdad y puede sola interesar á los oyentes.

8.ª Siendo inherente á nuestra naturaleza el deseo de obrar ó de manifestar que se obra en virtud de motivos racionales, aun cuando el orador agrade y con-

nueva, deberá parecer siempre que no tiene otro objeto, ni se propone otro designio, sino probar y aconsejar lo verdadero y lo bueno.

Por lo dicho podemos inferir lo fácil que es extraviarse ensayando el patético, y esto mismo hizo escribir á Quintiliano «que no se debe intentar arrancar lágrimas al auditorio, cuando no se posee el talento necesario para conseguirlo (1)».

(1) Lib. vi, núm. 1.º

CAPÍTULO III

DE LAS PASIONES EN EL DISCURSO

I

Modo de excitar las pasiones.

Al tratar de la moción de los afectos, los preceptistas modernos, á imitación de los antiguos, se detienen en exponer lo que llamamos la *teoría de las pasiones*, y en recomendar el estudio de los arcanos del alma y los misterios del corazón como indispensables al orador sagrado. No negaremos la utilidad que la elocuencia puede reportar de ese estudio filosófico de las pasiones, consultando al efecto á San Agustín y Santo Tomás, quienes han escrito sobre ellas extensa, filosófica y cristianamente (1); pero creemos también que la ciencia necesaria al orador en esta materia, puede reducirse á muy pocos principios.

La razón conoce los objetos y los presenta á la voluntad; ésta se inclina ó se aparta de ellos, según se le ofrecen como buenos ó como malos: en auxilio de estas dos potencias vienen la memoria con sus reminiscencias, la fantasía con sus imágenes y la sensibilidad con sus sentimientos. Todas las pasiones no son en el fondo más que derivaciones de los grandes y únicos movi-

(1) También podrán consultarse la *Retórica* de Aristóteles, lib. II, y al P. Malebranche, *De la investigación de la verdad*, libros. IV y V.

mientos de la voluntad, que se llama afección y adhesión; ahora, pues, la regla para excitarlas es pintar con colores agradables el objeto que se quiere hacer *amar*, y presentar bajo al aspecto desagradable el objeto que se quiere hacer *aborrecer*.

El *amor*, que consiste en desear bien á otro, no por interés propio sino del amado, se excitará promoviendo vivamente lo bueno, que se halla en la acción que se quiere hacer amable. Es imposible no amar el bien conocido. El *odio* se excita por un camino opuesto. Todo lo malo, lo dañoso y lo que nos es contrario, es objeto aborrecible á la voluntad. En la oración *Pro Milone*, excita Cicerón estas dos pasiones: el amor hacia Milón, y el odio contra Claudio.

El *temor* es una turbación de ánimo nacido de la aprehensión de males que amenazan, ó así se cree á lo menos. Se excita pintando estos males con viveza, ponderándolos y haciendo ver que van á caer sobre cada uno en particular. La *esperanza* es un placer que resulta del deseo de conseguir algún bien, para el que se ponen los medios. Para infundirla y alentarla es necesario poner á la vista el poder de nuestros medios, los auxilios con que podemos contar, la debilidad de nuestros enemigos, el favor del cielo, etc.

Algunos oradores han casi desterrado de sus sermones todo cuanto puede despertar en sus oyentes el sentimiento de religioso terror, que nace ante el recuerdo de los juicios divinos, infundiendo, por el contrario, en los ánimos una engañosa esperanza, la cual hace que los pecadores se duerman tranquilamente en sus vicios. Aconsejamos al orador que siga un camino medio, tronando y amenazando con los Profetas, para en seguida confortar y esparcir consuelos con Jesucristo y los Apóstoles, á cuyo fin conviene tener presentes estas advertencias: 1.º Aun amenazando, no puede dejarse á las almas desmayadas y privadas de la esperanza.

2.ª Cuando se caiga en un extremo, vale más que sea el de la esperanza, la cual deja abierto el camino de la conversión, mejor que el temor, que podría cerrarlo.

La *alegría* que experimenta el que goza del bien que ama, se excita también. El orador sagrado la excita con elocuencia rodeado de la pompa del culto y del concurso del pueblo. El regocijo público, la devoción de los fieles, los actos de beneficencia, la emulación que se despierta queriendo cada uno contribuir á aquella solemnidad que tiene embargados los ánimos, todo esto se excita, se agranda con los encendidos afectos del orador sagrado, y con el auxilio de aquella palabra que suple y reúne la expresión de todos los sentimientos en uno solo. La *tristeza* es un malestar del alma por la consideración del mal que nos aqueja. Se excita ponderando la gravedad de ese mal y expresándose con el acento de un corazón lastimado.

La *ira*, que es un apetito de venganza y un sentimiento de verse uno pospuesto á los menos dignos, se excita ponderando las injurias recibidas y el desprecio con que fueron acompañadas: la ingratitud de aquel contra quien se mueve la pasión: la comparación de la vileza é indignidad de los elevados por la fortuna, con los méritos y dignidad de los que están olvidados. Horacio excita estos afectos contra Mena (1). La *compasión* se mueve representando el mal que padece alguno sin culpa. Se aumentará la compasión si se prueba ser el paciente nuestro bienhechor ó de la patria, disminuyendo su delito si es culpable y probando que fué sin malicia. Así Horacio libró á su hijo de la muerte (2).

La *emulación* y el *desprecio* se excitarán así: La emulación es un noble sentimiento de no poseer la felicidad de otro, no porque éste la tiene, sino porque no la

(1) En la oda 4.ª, que comienza *Lupis et agnis*.

(2) Tit. Liv., lib. I, cap. xxvi.

tenemos nosotros. El ejemplo de los mayores, la fama de los varones esclarecidos, la esperanza de igualar su gloria, son medios eficaces para excitar estos sentimientos. Con respecto al *desprecio*, se debe advertir que la *irrisión* ó *burla* no tiene por objeto sino los males pequeños. Nos reímos de un aprensivo que se queja de sus dolores, y nuestra burla le es útil. Pero esta misma sería inconveniente si se emplease para ridiculizar una enfermedad grave. La burla es sumamente útil para corregir los abusos, porque nadie quiere aparecer ridículo. Para ridiculizar, pues, los delitos, conviene desnudarlos de todas las circunstancias honrosas que los acompañen. Luciano hace despreciables los dioses de los griegos, callando de ellos las ideas magníficas con que los hicieron admirar los poetas. Se mueve también la *risa* teniendo suspenso al auditorio con magníficas alabanzas de un objeto y pasando de repente á manifestar su bajeza. Esta pasión es de suma utilidad para la elocuencia sagrada y profana, pero en el púlpito no se debe hacer reír, aunque es lícito hacer ridículo el vicio.

El orador no siempre tiene que *excitar* las pasiones, sino que en muchos casos necesita *calmarlas*; pues en la tribuna, en el foro ó en el púlpito se tienen con frecuencia que trocar las afecciones de una asamblea, hacer al tribunal abandonar las preocupaciones y las opiniones hábilmente inspiradas por un adversario, ó combatir pasiones y vicios á los cuales se está fuertemente apegado.

Ya se deja conocer que para calmar las pasiones se deberá hacer todo lo contrario que para excitarlas: así, para desvanecer el *temor* se hará ver, según los casos, que no existe el peligro que se temía; que no es tan grande como se había creído, ó que no es tan inevitable que no haya medios de precaverlo. Los principales medios de calmar las pasiones, una vez concitadas, son

la moderación, la sangre fría, las pasiones contrarias, el cambio de objetos y los chistes.

II

Estilo de las pasiones.

El estilo de las pasiones ha de ser vehemente, enérgico y patético; los grandes impulsos oratorios no permiten un estilo castigado, florido y periódico. La naturaleza conmovida se ofrece siempre desnuda, y no se piensa en distraer cuando se intenta conmover. Ocupado el orador en lo que conmueve, y no en la manera con que se expresa, tiene cierto desorden en su estilo; su expresión, su voz y su gesto no están regulados, sino por su conmoción, y esto produce excelente resultado. Un padre que delante de una numerosa muchedumbre viese peligrar la vida de uno de sus amados hijos, ¿se detendría por ventura en buscar flores ó mendigar aplausos? De sus entrañas saldrían entonces expresiones no atildadas ni elegantes ni llenas de artificio, sino fuertes, generosas, verdaderas y apasionadas. De la misma manera deben fluir los pensamientos y las expresiones de la boca del predicador cristiano, padre amoroso que tiene constantemente delante de sí hijos que andan perdidos entre tinieblas y peligros de muerte.

Cuadro analítico del elemento patético de la invención.

INVENCIÓN ORATORIA	Pasioness...	En el orador.	} Sensibilidad, imaginación, discernimiento.
		En el discurso.	
		Estilo.	} Vehemente y poco casti- gado.
		Origen.	

LIBRO II

De la disposición.

CAPÍTULO PRIMERO

PLAN DEL DISCURSO

I

Idea del plan del discurso.

Conocidos los elementos que son objeto de la invención, necesita el orador disponerlos y ordenarlos, como el artifice, en expresión de Quintiliano, pone en orden los materiales acopiados; pues cuando se ha encontrado lo que se ha de decir, es necesario, añade Cicerón, disponer el modo con que se ha de decir: *invenire quid dicas, inventa disponere* (1).

Esto, que los modernos llaman plan del discurso, lo llamaban los antiguos disposición oratoria, que no es otra cosa que *la parte de la retórica que enseña á colocar en orden conveniente las ideas suministradas por la invención*. Sin este orden, el orador se expone á extraviarse y á extraviar la atención de sus oyentes, marchando como quien anda en tinieblas, como dice Quintiliano (2).

(1) *De Orat.*, lib. II, núm. 19.(2) Libro VII, Proem., tomo II, parte 2.^a